

« Adios; voy á morir bajo el sitio donde mi amigo ha muerto. » Un caballero vuelve de comarcas remotas, y al distinguir la torre de su castillo, otro caballero se le presenta, y le dice: « Tu mujer te es infiel: ¿ves este anillo? » « ¿no lo reconoces por suyo? » — Mientes, » responde el viajero, y sacando la espada le mata. Sin embargo, al considerar aquel anillo, cree en las palabras del caballero, y se adelanta respirando furor y venganza. Pero su mujer le sale á recibir con voz y mirada angélicas, y lleva en el dedo el anillo nupcial: al verlo, la estrecha contra su pecho, y cae de rodillas para dar gracias á Dios.

Una jóven se levantaba temprano, y se paseaba á la sombra de los tilos, aguardando en vano á su amante; la infeliz permanecía con la cabeza entre las manos y los ojos arrasados en llanto. Un caballero la vió al pasar y le dijo: « ¿Qué hacéis aquí sola, hija mia? ¿Venís á cortar los árboles, ó á regar flores? — No; » no vengo á cortar los árboles ni á coger las flores; hace siete años que espero al que me ama, y no he recibido noticias suyas. — Si no habéis tenido noticias suyas, yo le conozco: está en Zelanda, amando á muchas mujeres y de muchas amado. » La pobrecilla no exhaló un gemido, no dejó oír una reprensión. « ¡Ojalá sea feliz! ¡Ojalá que las que le aman sean también felices! que sus alegrías sean tantas como estrellas hay en el cielo! » « ¿Qué trae el caballero debajo de la capa? Trae una hermosa cadena de oro: — Os la daré con tal que no volváis á pensar en vuestro amor. — Si esa cadena de oro tuviese la longitud suficiente para unir la tierra con el cielo, no me induciríais á ser infiel al que he amado, y aguardado durante siete años. »

En los sentimientos caballerescos de aquellos amores desaparece toda distincion de clases; y el margrave da la mano á la hija del labrador que trabaja en sus tierras, y tan pronto como la pastora deja las ovejas y se traslada al palacio, caballeros y barones le tributan homenaje: en cambio, no se inclinarian nunca ante un rival, ni perdonarian una venganza. El conde de Flóris ha seducido á la esposa de Gerardo de Welsen, y este le mata. Pero despues los amigos del conde quieren vengar su muerte, y apoderándose de Gerardo le torturan, y le encierran dentro de una pipa erizada de clavos: luego le preguntan: « ¿Qué tal te encuentras ahora, oh Gerardo el Grande? » y él contesta: « Me encuentro como cuando mi mano dió muerte á vuestro amigo el conde de Flóris. »

Las dos baladas que van á continuacion muestran en la práctica tales sentimientos.

*Los dos hijos de reyes.*

Un hijo y una hija de reyes se amaban de todo corazon; pero no podian reunirse, á causa de estar separados por un rio profundo.

Una tarde la jóven colocó tres antorchas junto al agua, para guiar á su amado; pero una vieja, una malvada vieja, apagó las tres luces, y el hijo del rey se ahogó.

« ¡Oh madre mia! gritó la doncella, mi buena madre, la cabeza me duele mucho. ¿No podria salir á pasearme á orillas del rio. »

— Hija mia, así sola no te lo permito; llama á tu hermanita y dile que te acompañe.

— Mi hermana es muy niña aun: se para á coger todas las flores que encuentra en el camino, y no deja mas que las hojas. La gente dice: ahí tenéis lo que hacen las hijas del rey. »

La madre se fué á la iglesia, y la hija salió y anduvo por la orilla del rio hasta que encontró al pescador de su padre.

« ¡Oh pescador, pescador mio! ¿quieres echar las redes al agua? Te compensaré por ello. »

El pescador echó las redes, las dejó ir al fondo, y sacó al hijo del rey.

La jóven se quitó un anillo de oro y lo regaló al pescador, diciendo: « Toma, en pago de tu fatiga. »

Luego tomó en brazos á su amante, y le besó en los labios. « ¡Oh, mi boca querida! ¿por qué no has de poder hablar? ¡Oh mi pobre corazon! ¿por qué no has de latir aun? »

Y abrazada con el cadáver de su amante se arrojó al agua, exclamando: « ¡Adios padre, adios madre! no volveréis á verme. »

« ¡Adios, padre, adios, madre, y cuantos me amáis! ¡Adios, hermanos míos! Me voy al reino del cielo. »

*El rapto.*

« Si todas las montañas fuesen de oro, si el agua de todos los rios se convirtiese en vino, te amaria aun mas que á los rios y las montañas. »

— Si me amáis como decís, id á ver á mi padre y pedidme en casamiento.

— Ya te he pedido, y tu padre ha contestado negativamente. Resuelve tú misma, y sígueme.

— Me resolveria quizá; pero ¡hay tan poca fe en los hombres! Si me abandonáseis, me quedaria sin amigos.

— No te abandonaré sino con la muerte. Eres hija de rey, ¡eres una rosa tan fresca! »

Ambos se cogen de la mano, se dirigen á la sombra de los tilos, y la jóven llega á ser madre.

« Estoy débil y enferma; ruego á la Virgen María que venga en mi auxilio. »

El amante le responde: « Quisiera que hubieses dado á luz la criatura, y que estuvieses sepultada bajo el verde tilo. »

— Si tú deseas verme enterrada, yo quisiera verte á ti ahorcado. »

El caballero levanta la mano, y le da un bofetón tan fuerte que la derriba en tierra.

« Me habéis pegado sin merecerlo, le dice

ella, de aquí á siete años acudiréis á mí. »

Al cabo de siete años el caballero, enfermo de lepra, va á pedirle limosna, encontrándose necesitado.

La mujer llama á su hijo: « ¡Oh hijo! da una silla á tu padre; yo le he visto cuando era un altivo caballero. »

« ¡Oh hijo! llévale pan; yo le he visto cuando de nada necesitaba. »

« ¡Oh hijo! llévale cerveza; yo le he visto cuando era un noble soberbio. »

« ¡Oh hijo! llévale vino; yo le he visto cuando era el amado de mi corazon. »

El padre de la mujer, que estaba escondido detras de la puerta, oye estas palabras, y desvainando la espada, se avalanza al caballero y le corta la cabeza. Despues, tomándola por los cabellos, y arrojándola á los piés de su hija, le dice: « Tómalo y derrama sobre ella tus lágrimas. »

— ¡Ay! responde la triste, si fuese á llorar cuanto debo, lloraria todos los dias del año (1). »

Á veces las mujeres cantan los heroicos hechos de Hooft Hasselar, heroína de Harlem, que en el sitio puesto por los Españoles en 1572, condujo las mujeres á las murallas para resistir al enemigo, y de Werf, burgomaestre de Leiden, que, en el hambre durante el sitio de 1574, salió al encuentro del pueblo, que se habia sublevado, diciendo: « No tengo pan, pero tomad mi cuerpo y coméoslo; » con lo cual cobraron de nuevo valor y resistieron.

§ 4. CANTOS SUIZOS.

El heroico suizo, amante de la patria hasta el punto de que, separándose de ella, muere de una consuncion particular, que no envidia las conquistas de otros pueblos, si bien es el terror de los que piensan conquistarlo, ha celebrado con sus cantos populares la reunion del Rutli, el orgullo domeñado de los condes de Toggenburgo y de Neufchatel, la victoria de Sempach en que Leopoldo de Austria cae bajo la maza de un ciudadano; luego las tres derrotas de Carlos el Temerario y el osario de Morat, la larga y desastrosa guerra de Suavia y las disensiones religiosas en que Tomas Schmoucher degüella friamente á su hermano Leonardo, como víctima expiatoria de los pecados del mundo.

El sentimiento predominante es la admiracion de los sublimes horrores de la naturaleza y el ardiente deseo de la libertad, que por boca de Boner de Berna canta: « La libertad adorna la vida; la libertad infunde alegría y valor, ennoblece al hombre y á la mujer, enriquece al pobre; la libertad es el tesoro del honor, corona la palabra y la accion. »

La lengua es el antiguo suizo; el estilo sen-

(1) V. X. MARMER, *R. des Deux Mondes*, 1836.

cillo, grosero, despojado de imágenes y de erudicion. Empiezan sin el menor artificio: « Oid la anecdota que voy á contaros. — Oid la terrible historia que circula por el país. — Voy á cantaros una cancion, pero una cancion enteramente nueva. — En nombre de Dios así sea; en nombre de María principio el canto. — Os contaré las cosas mas curiosas que he oido. — Cantaré con alegría, y suplico á la Virgen María y á su hijo que me ayuden. »

Alguna vez concluye diciendo el nombre del autor, ó implorando la generosidad de los oyentes: « Esta cancion, ¡oh confederados! Juan Viol la canta libremente á vuestro honor y gloria, para que vuestros méritos sean conocidos donde quiera que se piense en vosotros. La persona que os canta esta cancioncilla ha viajado mucho. El buen vino está caro, y su bolsillo vacío. Por eso os cuenta su miseria y os ruega que contribuyáis á aliviarla. »

En seguida refiere ingenuamente el hecho, como un cronista crédulo y prolijo, sin olvidar la fecha. En la cancion á la batalla de Sempach: « Era el año 1386, cuando la gracia de Dios se nos manifestó de un modo maravilloso. El dia de San Cirilo protegió á los confederados, como voy á deciros y cantaros. »

La dedicada á la jornada de Grondson concluye: « Los confederados encontraron mucho oro y mucha plata. Encontraron un asiento todo de oro, y lo que mas les alegró fué el descubrir cuatrocientas buenas carabinas y cadenas de hierro. El duque perdió hasta el sello. Se halló un tejido de seda con coronas de perlas; en la sangre, una casulla y una mitra de obispo con viriles de oro, y su espada de oro, guarnecida de diamantes, que tambien perdió. Nunca, desde que Borgoña combate, ha sufrido mas amarga afrenta. »

En la batalla de Morat se complace en contar los heridos del enemigo, con un patriotismo que raya en crueldad:

« Á dos millas á la redonda se oyó el ruido de la batalla, á dos millas á la redonda el poder del duque quedó vencido y humillado, y la muerte de nuestros compañeros degollados en Grandsor fué vengada con sangre á dos millas á la redonda. »

« ¿Cuántos enemigos perecieron? No puede decirse con exactitud. Segun he oido, sesenta mil fueron degollados y veinte y seis mil anegados. »

« La pérdida de los confederados no pasó de veinte hombres, señal clara de que Dios protege dia y noche á los hombres valientes y piadosos. »

*Canto de Berna despues de la batalla de Nyon.*

« Alégrate, ¡oh Berna! pues Dios se ha manifestado á favor de la salvacion de tus hijos; Dios se ha mostrado fiel; ¡Berná, tribútale gracias! »

« Nos odiaron porque glorificamos solamente tu nombre; pero tú te encargaste de vengar-

nos; tomaste la espada y la has puesto en las manos de los hijos de la antigua Orsa, y cuando combatieron, los protegiste con tu escudo.

» Se pusieron en marcha, sin mas intencion que libertar á Ginebra, sitiada por los venerables de la misa. El hambre no los detuvo; los obstáculos no amortiguaron su valor; la vista del enemigo, aunque inesperada, no turbó sus corazones.

» Eran siete contra uno; pocos de nosotros teníamos armas. No importa (dijimos); Dios será nuestra alabarda. Y cada uno de nosotros se lanzó al traves de la barrera y corrió al combate.

» Ni uno solo de tus hijos; oh antigua Orsa! faltó á su deber. Si lo dudas, pregunta al enemigo. Nunca (te dirá), nunca hemos visto pelea gual.

» Conocíamos que Dios combatía por nosotros, que dispensaba su gracia á los suyos, que compartía su confusion en las filas de la tropa vana y jactanciosa de los hijos de Belial.

» Merecía verse cómo los orsatos (1) les enseñaban á bailar, y cómo mostrando cortesía, en especial hácia los jefes eclesiásticos, les daban la absolucion con grandes albardazos.

» Dura era la penitencia; pero la fiera brava, aunque amiga de la justicia, sabe irritarse y morder cuando alguno se obstina en tirarle del pelo; se enfurece, y entonces ¡ay! de los bonetes clericales y de sus servidores!

» Nuestra, nuestra es la victoria. ¡Adelante! Marchemos sobre Ginebra; corramos á socorrer la afligida ciudad, á consolar á nuestros hermanos, á salvar á aquellos cuya culpa consiste en ser hijos del Evangelio.

» Así hablábamos cuando llegaron los enviados de Berna. La orsa (dijeron ellos) no acude á la guerra sino despues de agotados los medios de la dulzura. Acaban de traernos proposiciones de paz; dejadnos terminar la contienda.

» Terminadla (respondimos); nosotros solo queremos que Ginebra se salve; afianzad su paz; haced que la palabra de Dios pueda ser predicada allí libremente; salvad el redil del Señor, y nos volveremos contentos á nuestros hogares.»

Así canta el soldado bernés, y sus camaradas prestan el oído á su ingenua canción, y la repiten en coro para excitarse á marchar en la vía del Señor, á exaltar su gran nombre, y á acordarse de él con reconocimiento (2).

Á la manera que para los Griegos uno de los pasajes de mas mérito de la *Iliada* era el catálogo de las naves y la revista del ejército, para los Suizos debía ser uno de los cantos mas gratos el que enumeraba las tropas confederadas en la jornada de Hericourt en 1474:

« Viéronse entónces llegar los vigorosos

(1) Berna lleva por armas el oso.

(2) Está en la colección de Werner Steiner. Hemos suprimido algunos pormenores demasiado minuciosos, relativos á la guerra.

guerreros de Friburgo, y todos gozaban en contemplar su marcial continente; porque era un escuadron brillante, y por donde quiera que pasaba, el pueblo quería observarlo.

» Seguía la antigua Willinga con sus colores celeste y blanco, y Waldshut con sus hombres morenos. Adelantábase despues Lindau, adornada de verde y gris, y Basilea con muchos é intrépidos guerreros.

» Allí se encontraban tambien los Suevos, y muchas otras ciudades, como Meinsset y Rotwill, que habian hecho sus aprestos bélicos. El que tendía la vista hácia Schaffhouse, distinguía al momento á Constanza y Ravensburg.

» Aparecían luego Zurich y Schwytz, Berna, Soleura, Francusfeld, y todos los de Gláris y Lucerna. Muchas ciudades y aldeas veían pasar de á los confederados, y no se cansaban de mirarlos.»

La mayor parte de aquellos poetas nos son desconocidos; pero de uno se hace especial mención; aludo á Weit-Weber, natural de Friburgo en Brigovia, cantor de las guerras con voz áspera y fuerte, como conviene al asunto, y que se complace en ver el estrago de los enemigos y los lagos de su patria teñidos de sangre extranjera. Citamos parte de su larguísimo canto sobre la expedición de Pontarlier (1):

« Duró mucho el invierno, y entristeció á los pajarillos, que ahora cantan gozosos, y cuyo canto resuena al traves de las verdes ramas del bosque.

» Apénas el tallo se vistió de algunas hojas, esperadas con ardiente deseo, apénas el seto tornó á ponerse verde, muchos valientes salieron de sus casas.

» Unos montaban á caballo, otros echaban pié á tierra; su marcha guerrera tenia un aspecto terrible, y al duque de Borgoña hicieron una afrenta, que no le dejó gana de reirse.

» Se entró en su ducado, en la ciudad de Pontarlier; allí se trabó la pelea, y muchas pobres mujeres de repente quedaron viudas, y se vistieron de luto.

» En cuanto los extranjeros (2) oyeron la noticia, acudieron á pié y á caballo, en número de doce mil; querían recuperar la ciudad, pero pagaron su atrevimiento.

» Los confederados los atacan, los rechazan, los hacen sucumbir y les quitan sobre las almanas de la ciudad dos grandes banderas.

» El oso de Berna, informado del suceso, afila inmediatamente sus uñas, toma consigo cuatro mil guerreros y se oye á estos lanzar alegres gritos.

» La nueva banda llega á la plaza de Pontarlier para insultar á los extranjeros que eran mas de doce mil, y cuando los extranjeros ven el oso, se apodera de ellos el temor.

(1) *Die Sache wegen Pontarlier.*

(2) El texto dice *Walscher*, con cuyo nombre los antiguos Alemanes indicaban muchas veces á un extranjero que hablase una lengua desconocida.

» Le ven adelantarse contra ellos, que eran muchos en número, y creían poder resistir; pero el oso los saluda con sus arcabuces cargados de piedras, y ellos huyen á gran distancia.

» Los extranjeros los vieron volver la segunda vez; los confederados ordenaron sus filas á la voz de sus jefes.

» El oso estaba enfurecido, y los extranjeros quisieron combatir; pero, aunque eran cuatro contra uno, apelaron á la fuga.

» Por eso alabo la gente de Berna, Friburgo, Bienne, Soleura, y de las otras ciudades confederadas, pues han combatido valerosamente.

» Los hombres de Lucerna no quisieron quedarse atrás. Aunque se le escribió que no se moviesen, les pareció vergonzoso permanecer en sus casas y corrieron á unirse con los valientes de Berna.

» Cuando los de Basilea supieron que el oso habia salido de su guarida, le enviaron refuerzos de hombres á pié y á caballo, con buenas armas.

» Nueva gente se une á las tropas de Berna, y marchan todos juntos hácia Grandson. Entónces día y noche se oyen tiros de mosquete, hasta que Grandson es tomada.

» Un domingo por la mañana, se lanzan los confederados alegremente al asalto, ocupan las puertas y se enseñorean de la ciudad sin pérdida por su parte.

» Ponen una fuerte guarnición en el castillo, y se dirigen con nuevo ardor sobre Berna. Allí tambien habia un castillo muy bien pertrechado.

» Se lanzan á los baluartes, sin cuidarse de las piedras que les arrojaban ni de los tiros de mosquete; consiguen abrir una brecha en la muralla y mas de un valiente entra, sin temor de dejar allí la vida.

» Los primeros que se adelantan son los Berneses, siguen los de Basilea; llegan, y vese pronto flotar en la fortaleza el estandarte azul y blanco de Lucerna.

» Despues Berna planta el suyo, no tardando en hacer lo propio Basilea; todas las ciudades rivalizaron en esfuerzos; esta alabanza les es debida.

» Cuando los extranjeros, que estaban en el castillo, lo vieron en manos de los confederados, arrojaron las armas y pidieron misericordia en nombre de Dios y de la Virgen.

» Si se hubieran entregado ántes, habrían conseguido que se les dejase la vida; no habiéndolo verificado así, su súplica es desoída, y deciden defenderse hasta morir.

» Se refugian en una torre de difícilísimo acceso; son muchos y combaten largamente; pero ninguno logra salvarse.

» Por último se penetra en la torre; ningún hombre se ha encontrado jamas en semejante

angustia; son arrojados muertos desde las almenas.

» Mas de ciento perecen allí; no exagero, y los Suizos los enseñan á volar sin alas desde lo alto de la muralla.

» Los que ocupan el castillo de Echalens comprenden que pronto serán sitiados, y envían á decir á los guerreros de Berna que se entregarán sin combatir.

» Queda todavía un fuerte, el de Jougne. Los confederados llegan á la ciudad, y al momento suben al baluarte, pues todos los extranjeros habian marchado á sus países.

» Buena fortaleza es Jougne, la mejor de las cinco que he nombrado, antemural de la Saboya. Los Berneses entran y se apoderan de ella.

» Sin el auxilio divino ¿cómo hubieran podido ocupar en tan pocos días tantas ciudades y castillos? Damos gracias á los hombres de Berna, y á los valientes soldados de las demas ciudades.

» El oso habia salido de su caverna, y despues de alcanzar el triunfo, vuelve á encerrarse en ella. Dios le conceda alegría y felicidad. Así cantó Weit-Weber. Amen.»

Enguerrando de Coucy, conde de Soissons, yerno de Edouardo III de Inglaterra, é hijo de Catalina de Austria, á la cual dió el ser aquel Leopoldo que fué derrotado por los Suizos en Morgarten, habia obtenido de este la Argovia, como dote de su hija; pero como no viese que se la entregaban, el yerno acudió á ganarla con las armas, al frente, dicen, de cuarenta mil hombres entre Ingleses, Flamencos y Borgoñones. Pronto los vasallos del Austria se armaron y derrotaron en todas partes á los Ingleses, de modo que Enguerrando tornó á pasar el Jura (1376) y se mantuvo en Alsacia.

Fchudi nos conservó la canción de victoria, compuesta por un soldado bernés:

« La terrible bandera de Berna está formada de tres fajas de diverso color; dos rojas, en medio una amarilla, y sobre ellas un oso que jamas se ha puesto pálido, negro como carbon, con uñas tambien rojas, y decidido á ganar donde quiera honor y gloria.

» Berna es una de las capitales de Suiza; corona de las ciudades libres, todos la alaban con justicia; el que no haya oído hablar de ella, sepa que es una mansion de héroes, un espejo que refleja la imágen sin mancha. Jóvenes y ancianos hacen resonar sus alabanzas en toda la Alemania.

» Habíase formado en Francia una liga terrible y numerosa. Con vergüenza de la cristiandad nada osó resistirle. Cuando se supieron sus fuerzas, todos los príncipes se asustaron; el papa y el emperador no tuvieron mas ánimo que los señores y el pueblo.

» Los Gugler, Ingleses y Bretones, reunion de gente de todos los países, robaban los bienes de los barones y de los ciudadanos. — Irémos al país de las doncellas hermosas; nos queda-

remos en Alsacia; de seguro, ni hombres ni mujeres nos expulsarán...

» Pocas ciudades del Austria, de Baviera, del Wurtemberg, de Suavia se creyeron bastante fuertes contra tantos enemigos, pocas osaron oponerse á la invasión, sino que se mantuvieron guarecidas por el Rhin, y dejaron devastar los pueblos y sus tierras: pobres y ricos lloraron largo tiempo semejante infortunio.

» Las tropas inglesas pasaron el Hauenstein. Cuando entraron en nuestro país, el oso preguntó: «¿Qué venís á hacer en mis tierras?» y llamó en su auxilio las tropas de los aliados, que bien armados acudieron por la parte de Buren, donde el conde de Nidau murió de un flechazo.

» Señor Motzli, este es el instante de defenderse; el anciano y prudente oso celebra consejo desde por la mañana hasta el anocheecer. — He estado en la caza de la gloria y el honor: he expuesto valerosamente mi cabeza en la batalla de Wangen, donde he hecho muchos prisioneros; he combatido heroicamente en Laupen, donde dispersé el ejército de los grandes señores; he destruido muchas ciudades y castillos, y siento tan al vivo las injurias y las malas acciones de los Gugler, que perdería con gusto la vida con tal de destruir solo algunos.

» Aquí el oso se enfurece; defiende al pueblo y su país con picas, con balistas, y á los Gugler empieza el juego á salirles caro. El oso, encontrando á su enemigo en Aneth, le despedaza con las hachas, con las alabardas; le aplica un golpe mortal. Los prisioneros en Berna cuentan que haría unos treinta años que no se habían encontrado en tan ardiente pelea.

» El conde Ivon de Gáles vino á Esaubrunnen, y el oso le dijo: — Tú no eres bastante astuto para librarte de mis manos. Quiero derrotaros; quiero exterminaros á sangre y fuego; quiero que en Inglaterra y Francia todas las viudas exclamen á una voz: ¡Oh desgracia, desgracia! Nadie vuelva á provocar á Berna.

» Catorce mil guerreros con el yelmo de acero dijeron tristemente á los amigos y á los sobrinos: — Este oso sabe dar terribles manotadas. Le hemos dejado tres mil de los nuestros: es atrevido, y no conoce el miedo. Hemos tenido que desistir de la empresa y que gritar: «Sálvase el que pueda.»

1 *Les'armailli dei Colombette*  
De bon matin se san lehá:  
Ah ah ah ah!

*Liaba! liaba! por ariá*  
Vinide tote,  
Blantz et naire,  
Rodz et motaile,

En los Alpes suizos, mejor que en ningún otro país, se conservan aires originales y populares, que recuerdan al Escandinavo con el sonido, y á veces también con el contenido, los cantos de su patria.

El pastor y el cazador de gamuzas modulan los aires, no con el tono suave del Napolitano, sino con notas llenas, altas, capaces de vencer el fragor de sus torrentes, y de hacerse oír de cumbre á cumbre; grandes y sencillos, recorrerán todos los tonos de la escala, pero sin detenerse en los intermedios, y apoyando solo en los mas vigorosos y armónicos sonidos, como es costumbre siempre entre los Alemanes. Aquellos sonidos particulares de garganta conmueven al extranjero, repetidos por el eco de los valles, y arrancan lágrimas y hasta matan de deseo al Suizo lejos de su país natal. Las palabras expresivas están interrumpidas frecuentemente por otras sin significado *falleri da da; falleri, fallera* (1) ó por sílabas robustas guturales, con arranques rápidos, que se detienen por último en la tónica, prolongándose mucho esta.

El aire mas famoso es el del *Ranz de las vacas*. Indicase con este nombre el desfile de las vacas; y la música que acompañaba á esta marcha se ejecutaba en el *alp-horn*, trompa alpina. Es antiquísima, y las palabras mas recientes varían segun los cantores, pero el fondo es el mismo. Figuran pastores que guían un numeroso rebaño. Un torrente les corta el camino, y el jefe de los zagales envía á uno de estos al cura para obtener oraciones; luego que las obtiene, el rebaño pasa, y la bendición del párroco es tan eficaz que, una vez en el establo, la caldera se llena ántes de ordeñar la mitad de los animales.

El *Ranz de las vacas* no es uno mismo en toda Suiza; al contrario, varía tanto como los pueblos de aquel país. El del canton de Appenzell, en tono menor, esparcido en el Oberhasli, es dulce y suave, y enumera por su nombre las novillas, *Bræmi, Gygi, Ræmi, Brændi, Chaggi*. El de Emmenthal, recordando las magníficas praderas del país, respira alegría. Los pastores de Niesen encantan con blandos sonidos los selvosos pastos del Siebenthal. El del país de Vaud pretende la superioridad sobre los otros, y se canta también en el canton de Friburgo. Es el siguiente:

Los pastores de los Colombeste  
Muy de mañana se han levantado.  
Ah ah ah ah!

Vacas, vacas! á ordeñaros  
Venid todas  
Blancas y negras,  
Rojas ó estrelladas,

(1) Estas intercalaciones de sílabas sin significacion son usadas en todas las naciones. Así los Italianos cantan

Falá falá falá lallera  
Me parto la mattina, arvo (arribo) la sera.

*Zoven et otro*  
Dezo on sciano  
Jo voz' ario;  
Dezo on treimblo  
Jo ie treintzo.

*Liaba! liaba! por ariá* (bis)

2 *Kan san vegniu ai basse z'ivoue*  
*D'ne sein lo pick' l'an pu passá.*  
Ah ah cco.

3 *Poure Pierro, ke fain-no ice?*  
*No n'no sein pas mo sinreimblá!*  
Ah ah cco.

4 *Te fo allá frappá la porta*  
*A la porta de l'eincourá?*

5 *Ke vollaie vo que ie lai diessa*  
*A noutrou bravo l'eincourá?*

6 *Ke fo ke no diess'ouna messa*  
*Po k'no puchein lai z'passá.*

7 *L'é'z'allá fierre a la porta*  
*E l'a ded ains'a l'eincoura:*

8 *Fo ke vo no diess'ouna messa*  
*Por ke no lai puchein passa.*

9 *L'eincoura la ia fai ressonsa:*  
*Poura frare, s'le vau passa,*

10 *Te fo me bailli na moteta*  
*Ma ne te fo pa l'ecrama.*

16 *Reintorna t'ein, mon pouro Pierro,*  
*Dire por vo'n Ave Maria;*

17 *Prau bien, prau pri ie vo sohetto.*  
*Ma vigni me sovein trova.*

18 *Pierro revein ai basse z'ivoue*  
*Et le to drai l'on pu passa.*

19 *L'an me lo co a la tzaudaria*  
*Ke n'avian pa a mi aria.*

Ademas del estribillo grande que hemos citado, tienen otro que alterna á veces con el primero; pero su melodía es distinta, dice así:

*Le sonaillire*  
*Van le premire:*  
*Le tote naire*  
*Van le derraire.*  
*Liaba! liaba! por ariá.*

Jóvenes y otras,  
Bajo una encina  
Donde yo os ordeñaré;  
Bajo un poleo  
Donde cuajaré (la leche).

Vacas, vacas; á ordeñaros.

Cuando llegaron á las aguas profundas  
De ningún modo pudieron pasar.  
Ah ah, etc.

Pobre Pedro, ¿qué hacemos aquí?  
¡Nos hemos metido en una buena!  
Ah ah, etc.

Debes ir á llamar á la puerta  
Á la puerta del cura.

¿Qué queréis que le diga  
Á nuestro buen cura?

Que es preciso nos diga una misa  
Para que podamos pasar.

Fué á llamar á la puerta  
Y dijo así al cura:

Es preciso que nos digáis una misa  
Para que podamos pasar.

El cura le respondió:  
Pobre hermano, si queréis pasar,

Necesitáis darme un queso,  
Pero sin que lo hayas desnatado.

Vuelve, pues, mi pobre Pedro,  
Diré por vos un Ave María;

Mucho bien, mucho queso os auguro,  
Pero venid á verme con frecuencia.

Pedro volvió á las aguas profundas,  
Y al momento pudo pasarlas.

Pusieron el cuajo en la caldera  
No habiendo aun ordeñado la mitad.

Las que llevan cencerro  
Vienen delante:  
Las que son todas negras  
Vienen las últimas.  
Vacas, vacas! á ordeñaros.

En 1812 se publicó en Berna la colección de los *Ranz de las vacas* (*Sammlung schweizerkubreihen unad Alpenvolkslieder*), y al siguiente año Tarenne en París publicó *Recherches sur les Ranz des vaches ou sur les chansons pastorales des bergers de la Suisse*, con música. Burgdorfer imprimió en Berna, en 1836, una colección mas completa.

Muchos maestros han intentado trasladar á los conciertos el *Ranz de las vacas*; Ana de Inglaterra procuró introducirlo en su corte; la

señora Stockhausen adquirió una fama europea cantando este aire; pero su escena verdadera son los Alpes, su acompañamiento el mugir de los valles, la campanilla de las vacas, el bramido del viento entre los abetos y el eco de las rocas.

En Suiza se cantan muchos otros aires; en Estavayer y Moudon, canton de Vaud, en las noches de verano y otoño, se oyen los *Caraoules*, con melodías originales y pintorescas. En

una se canta el matrimonio de dos pobres, y el esposo para consolar á su mitad, le dice:

Quan los aoutrou mezeson, noi voiterin;  
Quan les aoutrou rireront, no plioverin.

« Cuando los demas coman, nosotros miráremos; cuando los demas rian, nosotros lloráremos. » Tres *caroules* del canton de Friburgo con las notas se encuentran en la coleccion hecha en Berna en 1836.

### § 5. CANTOS DANESSES.

Ya hemos citado los terribles cantos de los Escandinavos; pero tienen tambien canciones que respiran dulzura y amor.

La madre de Cristina está cosiendo; pero por el rostro de su hija corre el llanto.

« Cristina mia, mi querida hija, dime, ¿por qué está tan ajado tu semblante? ¿por qué están tus mejillas tan pálidas? »

— No debe admiraros que esté pálida y ajada; pues es mucho lo que tengo que cortar y que coser.

— Sin embargo, hay en la ciudad jóvenes mas lindas que tú, y que trabajan mas que tú.

— Ahora bien, ¿qué vale ocultarlo mas tiempo? Nuestro rey me ha seducido.

— Si nuestro rey te ha seducido, ¿qué es lo que te ha dado?

— Me ha dado un jubon de seda que he llevado con dolor. Me ha dado zapatos con las cabezas de los clavos de plata, que he llevado con angustia. Me ha dado un arpa de oro para tocarla cuando estuviese muy triste. »

Cristina pulsa la primera cuerda, y el rey la oye resonar desde su cama. Pulsa la segunda cuerda, y el rey no prolonga su reposo. Llama á dos sirvientes y les dice: « Traedme á Cristina. »

Esta viene, y permanecé en pié delante de la mesa. « ¡Oh rey! dice, habéis enviado á buscarme, qué me queréis? »

El rey le muestra almohadones de color azul celeste: « Ven á sentarte, mi querida Cristina, y descansa. »

— No estoy cansada y puedo permanecer en pié. Decidme qué queréis, y dejadme marchar. »

El rey se aproxima á Cristina, y le dá su corona de oro y el nombre de reina.

Otros pertenecen mas á la índole de los cuentos vulgares, bajo los cuales alguno quizá pudiera querer buscar los símbolos. Una joven padece, hallándose separada de su amante; un cuervo se le acerca y le promete conducirla á su lado, con la condicion de que ha de entregarle el primer niño que le nazca para devorarlo. Ciega de amor, acepta; va, concibe, pare, y el cuervo acude á reclamar su presa. La infeliz se arrodilla, llora, suplica, y ofrece cuanto oro y cuantas tierras posee; pero el

inexorable cuervo se apodera del niño, le saca los ojos, le chupa la sangre; solo que de repente se trasforma, de cuervo que era, en un hermoso jóven, y el niño revive.

Un campesino va á edificar una casa junto á la habitacion de un enano de las montañas. Este irritado reúne á sus compañeros y molesta al campesino, hasta que, reducido al último extremo, le cede su esposa. El enano la abraza, y de improviso se vuelve grande y hermoso, presentándose ante ella como un caballero cortés y enamorado. Era un infeliz príncipe, al que únicamente un beso de mujer debía dar nueva vida.

Las predicciones y demas creencias septentrionales abundan tambien allí: ya son ruiseñores que anuncian á un amante la muerte de su amada; ya una joven que cae en poder de un marino, el cual la conduce á sus grutas de cristal en el fondo de las aguas; ya un jóven que, habiéndose extraviado por la noche, llega á lo alto de una montaña donde bailan los duendes; uno de estos seres fantásticos le invita á bailar, y excusándose, apenas llega á su casa muere; ya una mujer, cuyo amante ha sido degollado y hecho trozos; ella recoge estos, los baña por la noche en la fuente de Mariboe, y su amante recobra la vida; ya doce mágicos, cada uno de los cuales posee un maravilloso secreto; uno puede guiar con su mano la tormenta, otro doma los dragones, otro sabe cuanto sucede en los países extranjeros, otro pasea bajo las aguas, otro tiene un arpa, á cuyos sonidos no hay quien resista y deje de bailar.

Este es el

### Presagio de los ruiseñores.

En la corte del rey vivía maese Medel, su sirviente, y amaba á la hija del rey, hermosa jóven. La reina llamó á su hija: « ¿Es verdad lo que de ti se dice? Entónces, pronto se alzaré la horca para él y la hoguera para ti. »

Cristina tomó su manto blanco, y fué por la noche á buscar á Medel. ¡Pobre Cristina! ¡Qué afligido tenía el corazón!

« Levántate, ¡oh! ábreme, Medel; déjame entrar. Acabo de hablar con mi madre, con la reina; me ha dicho que á ti te aguarda la horca y á mí la hoguera. »

— No, dulce amor mio, ni la hoguera á ti, ni á mí la horca: vé pronto; reúne todo tu oro; yo ensillo entretanto mi caballo tordo. »

Diciendo así, echó sobre ella su capa turquí, y ensilló su caballo. Saliendo de la ciudad, se sepultan en los bosques. Cristina dirige sus velados ojos á las nubes del cielo.

« ¡Oh! ¿te parece demasiado largo este camino? ¿Te hace daño la silla del caballo? »

— ¡Oh! no; el camino no es largo, pero la silla me hace daño. »

Medel extiende en el suelo su capa turquí:

« Cristina, detente; reposa aquí un instante. — ¡Oh! ¡si una de mis doncellas pudiese estar aquí para cuidarme antes de morir! »

— Tus doncellas están léjos de aquí, Cristina; y á mí solo me tienes para cuidarte.

— No, no; prefiero morir en esta dura tierra, á permitir que un hombre vea los dolores de una mujer.

— Pues bien, ata una cinta alrededor de mis ojos y de mi cabeza, y yo te medicinaré.

— ¡Oh Dios! ¡Si para aliviarme esta opresion de corazón trajeses un poco de agua! »

Maese Medel que la amaba con ardor y sinceridad, quitó el broche de oro de sus sandalias, y corrió á buscar agua para Cristina. Atravesó bosquecillos y espesos matorrales, y le parecía interminable el camino que conducía á la fuente. Cuando llegó, al salir del bosquecillo oyó cantar dos ruiseñores sobre su cabeza.

Cristina yacía en la yerba, y los cadáveres de dos gemelos recién nacidos estaban tendidos á su lado. Medel no habia hecho caso del presagio de los ruiseñores; atravesó todo el bosquecillo, y el camino le pareció muy largo; pero, en cuanto estuvo junto á la jóven, se convenció de que el canto de los ruiseñores era un pronóstico verdadero.

Abrió con su mano una sepultura á propósito para los tres cadáveres, y los colocó en ella; y cuando les hubo echado la tierra encima, le pareció oír el vagido de los niños. En seguida apoyó la espada contra una piedra, y la punta le traspasó el corazón.

Amó á Cristina profunda y sinceramente, y á su lado duerme hoy en el seno de la tierra.

Pertenece á estas la fabulosa tradicion de que los muertos pueden levantarse del sepulcro, y volver á la tierra á consolar á un pariente, ó responder al voto de un amigo:

Diring fué á una isla lejana, y se casó con una hermosa jóven. Siete años vivieron juntos, y ella le parió siete hijos. Habiéndose declarado entónces una peste en el país, arrebató á la bella y rubicunda esposa.

Diring fué á otra isla mas lejana, se casó con otra jóven y la llevó en su compañía. Pero esta era áspera y mala: cuando entró en casa de su marido, los siete niños lloraban y estaban inquietos, y ella los rechazó con el pié, no les dió ni pan ni cerveza, y les dijo: « Sufiréis hambre y sed; » les quitó los colchones de color azul turquí, y dijo: « Dormid sobre la paja desnuda; » apagó las luces, y dijo: « Os quedaréis á oscuras. »

Los niños lloraban á una hora muy avanzada de la noche, y su madre los oyó desde el seno de la tierra, donde yacía. « ¿Que no me fuera da-lo (exclamó) ir á ver á mis pequeñuelos! » Presentóse ante Dios, y le pidió permiso para ir á verlos, siendo tantas sus súplicas que Dios se lo concedió: « Pero cuando el gallo cante le dijo, volverás á tu actual mansion. »

Levantóse la pobre madre, y salvando el muro

de piedra, atravesó por medio del pueblo. Los perros aullaban al sentirla pasar. Al llegar á la puerta de su casa, encontró allí á su hija mayor en pié. « ¿Qué haces abí en pié, pobre hija mia? (le dijo). ¿Cómo están tus hermanos y hermanas? »

— Sois una hermosa señora, pero no sois mi cara madre, pues mi madre tenia la mejilla blanca y rubicunda, y vuestra palidez es la de la muerte.

— Imposible que yo sea blanca y rubicunda, habiendo reposado tanto tiempo en el ataud. »

Entró en el cuarto y vió á los niños con los ojos lagrimosos. Tomó á uno y le peinó; despues trenzó el caballo á otro, hizo caricias al tercero y cuarto, cogió en brazos al quinto y le abrigó en su seno. Luego, llamando á la mayor: « Vé (le dijo) y ruega á Diring que venga. » Y cuando Diring vino, exclamó irritada: « Yo te he dejado pan y cerveza, y mis hijos tienen hambre y sed. Te he dejado colchones azules y mis hijos duermen en la paja desnuda. Te he dejado grandes fanales, y mis hijos están á oscuras. Si me pones en el caso de presentarme á ti muchas veces por la noche, lo pasarás mal. »

Entónces la madrastra dijo: « Quiero de hoy en adelante ser buena con tus hijos. » Y desde aquel dia, apenas el marido y la mujer oían aullar al perro, daban cerveza y pan á los niños; y no bien lo oían ladrar, huían temiendo ver aparecer á la muerta.

La que sigue es de la misma clase:

El caballero Agio fué á una isla y se casó con Elsa, jóven muy hermosa. Un mes despues le abrigaba la negra tumba.

Elsa le lloró amargamente. El caballero oyó desde el sepulcro sus suspiros; levantóse, tomó el ataud sobre los hombros y se dirigió á su habitacion.

Llamó á la puerta con el ataud. « ¡Levántate, jóven! Abre la estancia á tu esposo. »

— No, yo no abriré, si no puedes, como en otro tiempo, proferir el nombre de Jesus.

— Levántate, y abre la puerta. Puedo como en otro tiempo, proferir el nombre de Jesus. »

Elsa dejó el lecho con las mejillas llenas de lágrimas; abrió é introdujo al muerto en la estancia. Cogió un peine de oro y compuso los cabellos de su amado, vertiendo copioso llanto en cada cabello que le arrancaba.

« Amado mio, dime, ¿cómo te encuentras en la lóbrega tierra? »

— Cada vez que estás alegre, mi tumba se corona de hojas de rosa: cada vez que lloras, veo en mi ataud gotas de sangre.

— El gallo encarnado canta; es preciso que te deje, pues esta es la hora en que los muertos se retiran al seno de la tierra, y debo irme como los demas. El gallo negro canta; es preciso que baje á mi sepultura; las puertas del cielo están abiertas; debo decirte adios. »

El caballero se puso en pié, cargó con el ataud, y se adelantó poco á poco hácia el ce-